

RIOS

Mi tontería llevo siempre conmigo. Hoy la he visto; hoy creo en Dios... Vámonos.

ZENON

¿A ver á las cursis?

RIOS

A ver á nuestras pobrecitas cursis, los brazos cruzados sobre la barandilla del balcón, y sobre los brazos la turgencia de sus pechos lozanos. (Se alejan.)

CASANDRA, en la alameda curva.

Alguien me sigue, me acompaña... Creí que era mi sombra. No es mi sombra: Rogelio ha mandado tras de mí á su demonio familiar... Ya le siento por la izquierda, ya por la derecha. Sus pisadas blandas suenan al compás del pisar mío... ¿Eres tú, *Caym*, el amigo de Lutero, que con él sostenía las disputas teológicas?... Ven... guíame... ¿Por dónde entraré? (Párase indecisa.) Creo que no es por aquí... ¡Qué soledad! ¿No hay ya criados en esta casa? (Contempla con tristeza las puertas y ventanas.) ¿Hijos de mi alma, estáis aquí?... De la otra parte viene un ruido de martillazos, como si estuvieran clavando ataúdes... Creo que me he perdido... ¡Ah! (Distingue una persona.) Allí veo un viejecito... el que me llevó el recado á casa... Está junto á una puerta, que conduce á la capilla y á la escalera interior... Ven, *Caym*: entremos...

ESCENA X

La misma sala de la escena inicial de la Jornada primera. En varias mesas, sobre finas telas de damasco rojo, están colocados y como expuestos diversos objetos de valor: alhajas en sus estuches, cubiertos y bandejas de plata, armas elegantes y arreos de caza, que fueron de don Hilario.

DOÑA JUANA, MARTINA. Hállase la señora tal como aparece en la primera escena, sentada en el mismo sillón junto á la propia mesilla. Rezuquea leyendo.

MARTINA, después de esperar un rato á que en ella se fije.

Señora...

DOÑA JUANA

¿Por qué no has entrado antes

MARTINA

Creí que la señora estaba con su Padre espiritual...

DOÑA JUANA

El Padre ha ido con don Francisco á la Nunciatura. No volverán hasta las cuatro. (Con la palabra alterna el rezo entre dientes.)

MARTINA

Si la señora no quiere estar sola, la acompañaré... ó mandaré á mi sobrina Micaela.

DOÑA JUANA

No: déjala en la cocina... Y tú sigue en tus quehaceres. ¿Has hecho lo que te mandé?

MARTINA

Todo está hecho... Y como la señora me dijo que no quiere en casa gente chismosa, he despedido también á Lucas y á su mujer, y á la pincha *Sunción*.

DOÑA JUANA, terminando su rezo, se persigua.

Bien despedidos están. En los tres días que ha de durarme el suplicio de mi riqueza, poca servidumbre necesito. Para la cocina, para nuestras comidas frugales, nos basta Micaela. No dejes de estar sobre ella, que es dada á la charla ociosa. (Asiente Martina.) Y tú, ya sabes. Si continúas firme en tu fidelidad en estos días de prueba, vendrás conmigo á Medina de Pomar... Ya sabes que has de abrazar vida de rigurosa honestidad y penitencia.

MARTINA

¿Pues qué puedo yo anhelar más que esa vida?

DOÑA JUANA

Ya verás, ya verás, pobre Martina, qué descansada y alegre queda el alma renunciando á todo bien material, y consagrada con libre alborozo á la adoración del augusto Sacramento...

MARTINA

Mayor delicia no puede una concebir.

DOÑA JUANA

Adorándole, no sólo por nosotros mismos, sino por pedir y obtener la conversión de to-

dos los herejes, impíos, ateos, blasfemos, hechiceros, mahometanos, judíos é idólatras...

MARTINA

¡Ay, señora, qué gusto tan grande ha de ser salvar á los mahometanos!

DOÑA JUANA

Pero nosotros, antes de sacar de las tinieblas á herejes y moros, aseguremos nuestra propia salvación.

MARTINA

¡No que no...!

DOÑA JUANA

Ea, no te entretengas. Cuida de que los carpinteros y embaladores vayan á prisita.

MARTINA

Van adelantando; pero no mucho, porque sólo el material de la capilla, blandones, altares, imágenes, se lleva quince cajas... Para que puedan concluir mañana, he dispuesto que venga otro carpintero, que es muy vivo, pero muy vivo para el trabajo... Y si la señora me lo permite, les llevaré esta tarde unas copas de Jerez... Con tan corto obsequio se animan los pobres, y adelantan que es un primor.

DOÑA JUANA

Con tal que no se emborrachen, obséquiales, si de ese modo se avivan.

MARTINA

¿Me necesita la señora para algo más?

DOÑA JUANA

No; más bien me estorbas... Es la hora de mi comunión espiritual... Después terminaré la lista para el reparto de toda esa broza entre los parientes y amigos. Me desprendo hasta de las últimas raspaduras de mi riqueza, y las derramo por todo el campo de la vanidad... Retírate ya; te llamaré cuando te necesite...

En cuanto desaparece la criada, arrodillase doña Juana, y con gran ardor efusivo y total desprendimiento del alma enamorada, hace su imaginaria comunión. La costumbre le facilita de tal modo la abstracción sutil de carácter solitario y budista, que el acto queda realizado en corto tiempo. Dedicase después á ultimar la lista de regalitos con que se despide del mundo.

ESCENA XII

DOÑA JUANA; después CASANDRA.

DOÑA JUANA, alterna los apuntes con el rezo en un librito.

Para Rosaura, la sortija de perlitas y esmeraldas... Docena de cubiertos para Ventura Nebrija... Los pendientes de rubíes, para la niña mayor de Clementina... Para Beatriz, los de zafiros. (Fatigada, suelta el lápiz.) ¡Cómo me hastían estos cuidados menudos de la vida temporal! (Avida del manjar místico, lee.) "Levántate, ¡oh alma que me visitas!... Abandona tus riquezas, que aquí estoy para enriquecerte de gracias... Date prisa; llégate á mí; no temas mi majestad... Eres *mi amiga*, no mi enemi-

ga; eres mi *hermosa*, porque mi gracia te ha embellecido... Ven acá: abrázate conmigo, y pídemme cuanto quisieres con toda confianza..." (Subitamente, requiriendo la lista.) Otro esfuerzo, y arrojaré el último puñado de estas porquerías. Los dos solitarios, á Clementina. La tercera bandeja de plata, ¿para quién será? Para Cayetana. A Casilda Nebrija dará el collar de perlas. Bien se lo merece la pobre... Y la Virgencita del Pilar, de plata, para Amelia será... Las armas y arreos de caza, ¿á quién los doy?... (Con hastío, deseando acabar.) Ea, sean todos para Alfonso, y así concluyo de una vez. (Escribe dos palabras y suelta con alegría el lápiz.) ¡Ay, gracias á Dios, ya acabé! Ya estoy libre; ya eché lejos de mí la última de estas menudencias, bagatelas frívolas con que sueñan los niños grandes. Todo lo doy, todo quiero entregarlo. Soy pobre, quiero serlo... ¡qué alegría inefable! Mis riquezas caudalosas, que para nada me sirven, pronto volverán al legítimo dueño de todo, que sabrá despojarlas de su original vileza y aplicarlas al bien de las almas. (Entreabre Casandra la puerta de la derecha; asoma la cabeza, el busto, explorando la estancia.) La mía, oh mi Dios amante y misericordioso, te da infinitas gracias por haberme inspirado esta resolución. Con la pobreza me purifico, Redentor mío, para llegar á tí y recibir tu abrazo celestial. (Avanza Casandra pasito á paso.) Monarca de los Cielos y de la Tierra, dale á tu esclava humilde alas para volar hacia tí y abrasarse en el fuego de tu amor eternamente... (Casandra retrocede hacia la puerta para cerrarla. El ligero ruido que esto hace llega al oído de doña Juana.) ¡Martina! (Alarga el cuello, creyendo que es la criada quien entra. Casandra avanza lentamente.) ¿Ocurre algo? ¿Ha vuel-

to el Padre que fué á la Nunciatura? (Casandra se defiende mirándola. Doña Juana la reconoce.) ¡Ah!

CASANDRA

No es Martina; soy yo.

DOÑA JUANA

Casandra... (Con ligero temor.) ¿Cómo has llegado aquí? ¿No había nadie en el jardín?

CASANDRA

Un viejecito... Yo le dije: "tengo que ver á la señora." Y él: "arriba... suba por aquí...". He subido.

DOÑA JUANA

Pero... yo no te he llamado.

CASANDRA

Hay ocasiones en la vida, señora, en que es forzoso venir aunque á una no la llamen.

DOÑA JUANA

Seguramente... vienes aquí después de hablar con Rosaura.

CASANDRA

He hablado con Rosaura. Me ha dicho lo que usted le mandó...

DOÑA JUANA

Yo le encargué que te lo dijese con dulzura, procurando no herirte.

CASANDRA

Ha cumplido el encargo con dulzura infinita.

DOÑA JUANA

Un poco duro ha sido, pobrecilla... Pero has de conformarte con la voluntad de Dios... ¿Vienes resignada?

CASANDRA

Vengo convencida.

DOÑA JUANA

Yo... he procedido conforme á mi conciencia, oído el parecer de personas sabias, que no podían engañarse ni engañarme.

CASANDRA

Ayer... la señora... me aseguró que me amará siempre... No esperaba yo tan pronto la primera prueba de ese amor que le inspiraron mis desgracias.

DOÑA JUANA, recelosa ante la sequedad irónica de Casandra.

Amor es. ¿Pero lo dudas?... Aún no me has dicho si Rosaura te entregó...

CASANDRA

Sí: el dinero... (Saca de su seno el sobre. Pausa. Alarga lentamente hacia doña Juana la mano con el sobre.)

DOÑA JUANA

¿Qué? ¿No aceptas? ¿Crees que te ofendo? Ese rasgo de dignidad, con apariencias de gallardía, no viene al caso... Podría parecer un poquito afectado, artificioso. (Casandra alarga más

la mano, sin decir nada.) ¿Pero... de veras... no aceptas? Aunque no fuera más que por gratitud...

CASANDRA

No es eso, señora. Acepto y agradezco. Pero es que... (Encontrando una idea.) Como he de estar errante algún tiempo... yo le ruego que me guarde ese dinero.

DOÑA JUANA

¿Hasta cuándo? (Sin quitar los ojos del rostro de Casandra, coge el sobre.)

CASANDRA

Hasta que venga yo á pedírselo.

DOÑA JUANA, tranquilizándose.

¡Ah! eso es otra cosa. (Guarda el sobre en el cajón de la mesita.) ¿Y has dicho que vivirás errante? ¡Qué locura! Pobre mujer, ¿por qué no adoptas vida tranquila y resignada, de pura honestidad y modestia? Me dijiste que sentías á Dios en tí. ¿Qué te falta? ¿La fe? Ayer te ofrecí darte todo mi amparo si te decides á entrar por la franca vía de la religión. ¿Quieres, sí ó no?

CASANDRA

Quererlo, sí... pero me conozco... Soy muy rebelde... no podré.

DOÑA JUANA

Pero, hija, algo has de poner de tu parte. Convierte en voluntad toda tu alma. Píde á Dios energía; pídele gracia; enfrena tus pa-

siones; aparta de tu mente las imágenes de la frivolidad y el vicio.

CASANDRA

No podré, señora. (Con siniestra ironía.) Soy muy mala. La perversidad me dió el sér... Bien conoció usted mi condición maligna... Yo quería fingir... hacerme pasar por buena... pero no me valió el disimulo... no pude engañar á usted.

DOÑA JUANA, sin comprender la cruel ironía.

Hija mía, un arrepentimiento sincero ya sabes lo que vale. Proponte ser buena... Acércate... Yo te aleccionaré... yo te enseñaré los caminos para llegar á Dios... Ven: hablaremos... siéntate.

CASANDRA, secamente, sin desclavar de ella los ojos.

Estoy mejor en pie.

DOÑA JUANA, desalentada y otra vez recelosa.

Con qué desdén orgulloso rechazas mi mediación para salvarte!

CASANDRA

Soy orgullosa, sí señora.

DOÑA JUANA

Pues ya que no seas bastante humilde para entrar en vida religiosa, ten el orgullo de ser una mujer obscura y honrada. Con este dinero podrás establecerte. Me ha dicho Rosaura que eres hábil para los trabajos de modas y sombreros.

CASANDRA

Algo entiendo de eso y de otras cosas; pero no quiero establecerme.

DOÑA JUANA

Pues entonces, si no te arrepientes ni piensas trabajar, ¿qué consejo vienes á pedirme, qué buscas? Dímelo pronto.

CASANDRA, empezando su conminación con mucha calma.

He venido... he venido para pedir cuentas á la mujer santa de la conducta que ha observado conmigo, que no soy santa, pero soy mártir de usted... (Gradualmente llega al tono iracundo.) Quiero decírselo, y arrojarle al rostro toda mi amargura.

DOÑA JUANA, con alarma súbita.

¿Qué dices, desgraciada?

CASANDRA

Verdades diré que usted no ha oído nunca. No es justo que usted se muera sin oír otras voces que las de la adulación y la mentira.

DOÑA JUANA

Vete pronto. Sal de aquí.

CASANDRA

Calma. No me iré tan pronto. Tenga usted paciencia. Virtud primera de los santos es la paciencia.

DOÑA JUANA, llamando.

¡Martina! (Se levanta vacilante.) ¿Pero no hay nadie en esta casa? ¡Martina! (Vuelve á caer en el sillón.)

CASANDRA

No hay nadie. Dios la deja á usted sola; Dios la abandona á usted á la justicia, que ahora soy yo.

DOÑA JUANA

Sal de aquí, te digo.

CASANDRA, impetuosa, elocuente.

Mujer idiota y perversa, vengo á pedirte cuenta del mal que me has hecho, y á devolvértelo con mi odio, que es por lo menos tan respetable como tu falsa santidad.

DOÑA JUANA, abrumada.

¡Jesús, Jesús!

CASANDRA, acercándose á ella hasta ponerle cerca de los ojos sus manos, que acentúan vivamente la imprecación.

Yo soy la más ofendida por tu maldad; yo, pobre mujer que no te hice ningún daño, que merecía más que ninguna tu protección y tus consejos. A todos ofendiste, á todos lastimaste, y á mí me has arrancado el corazón, porque yo esperaba de tí que legalizaras mi unión con el hombre que amo... Era tu deber... tu conciencia te lo dictaba... ¿Pero á qué hablar de conciencia? Alma llena de telarañas, voluntad cruel y sin amor, me has robado mi único

bien, porque yo he dado á Rogelio mi vida, y sin él no hay para mí paz ni alegría, ni puede haber virtud.

DOÑA JUANA, balbuciente.

Rogelio... un perdido... Yo no le quiero, no le quiero... Esto que se ha hecho con él es... por cumplir voluntades de su padre... mi marido... que dispuso... ya lo sabes. Si Rogelio consiente, pídele cuentas á él... á ese loco...

CASANDRA

A ese loco, yo, con mi cariño y mis cuidados, le dominaba, le corregía. Yo enfrené su imaginación desbordada; yo iba trocando sus defectos en virtudes... ¡Y esta obra de piedad y de amor has destruído tú con malas artes, con la hechicería de tu infame riqueza!... A él le has hecho peor de lo que era, y en mí has encendido las llamas del Infierno.

DOÑA JUANA

A él le mejoro, y á tí, rebelde y descreída, te dejo en lo que eres: una mala mujer.

CASANDRA

Yo he sido y soy una mujer buena... A la calle me arrojas. Si yo me pervirtiera, mis malas acciones serían virtudes en tí, monstruo de hipocresía y de crueldad.

DOÑA JUANA

¡Virgen santa, Jesús mío!... (Llamando.) ¡Martina!

CASANDRA

No llares... no te oirán. Dios ha ensordecido las paredes de tu casa, y á tus sirvientes y al mundo entero, para que no acudan á tí... Dios está conmigo.

DOÑA JUANA, furiosa.

¡Mentira!... ¡Mujerzuela... sacrílega!

CASANDRA

Aunque tu voz clame como mil truenos, no te oirán. Aunque extremes tus ridículas devociones, no engañarás á Dios. (Lí coge de un brazo y la sacude violentamente.) ¡A Dios no le engañas tú, miserable!

DOÑA JUANA, aterrada, vencida del miedo.

¡Oh!... no quise ofenderte... perdóname.

CASANDRA

¿Para qué invoca el perdón quien no tiene ni chispa de cristiandad en su corazón reseca-do por la santurronería? Para tí no hay piedad, ni es justo que la haya. Has hecho mucho mal; has trastornado las conciencias de tus parientes, engañándoles con promesas falaces; me has robado mis amores, y todo esto has de pagarlo.

DOÑA JUANA, con terror supersticioso.

Diablo... diablo que me atormentas, vete... déjame. (Se santigua; murmura una oración, elevando los ojos.)

CASANDRA

Diablo soy, diablo me has hecho tú.

DOÑA JUANA, temblorosa.

Huye... vete á los Infernos.

CASANDRA

No me voy, porque aún tengo algo que decirte y tú que responderme. No te dejas sin que me digas qué has hecho de mis hijos. ¿Dónde están? ¿Me los has quitado para devolvérmelos? Si es así y los tienes en tu casa, ordena que me los entreguen... pero al instante.

DOÑA JUANA, con torpe lengua, sobreponiendo la terquedad al miedo.

No puede ser... Esas pobres criaturas... ¡Oh, no! Sus tiernas almas, á tu lado se perderían para siempre. Es mi deber, es mi gloria apartarlas de tí... y criarlas para Dios.

CASANDRA, apretando los puños.

No, no irán mis niños á ese Limbo de tu falsa santidad... ni á ninguna clase de educación irán sin su madre. ¿Están aquí? Dámelos, dámelos pronto.

DOÑA JUANA, atontada, medrosa.

¿Yo?... Yo no. Pídelos á Rogelio. El te los dará, si quiere.

CASANDRA

Cierto que Rogelio los sacó de mi casa pretextando llevarlos de paseo; pero lo hizo por

instigación tuya. Con tu dinero maldito le has corrompido y le has cegado; le has traído á la maquinación de casarle con otra mujer, y de llevarse á mis hijos... A él, no; á él, que tan sólo ha sido un instrumento de tu hipocresía, no tengo que pedirle las criaturas que me ha robado; á él no, sino á tí, que con extraña mano has cometido este crimen... La infamia no es tanto del que la ejecuta como del que la compra.

DOÑA JUANA

¡A él... á mí, no!

CASANDRA

A tí, á tí los pido. Son mis hijos, de mis entrañas nacidos, no de las tuyas estériles.

DOÑA JUANA

De tus entrañas de pecado nacieron. Hijos tuyos son... No puedo asegurar que sean hijos de Rogelio.

CASANDRA. Su indignación llega al delirio.

¡Ah, monstruo!... Me robas, y encima me ultrajas... Espérate... Llegó tu hora. (Con mirada rapidísima y ágiles manos, busca un arma sobre las mesas, llenas de objetos diferentes. Encuentra un cuchillo de fino puño damasquinado. Lo coge.)

DOÑA JUANA, temblando.

¿Qué haces?

CASANDRA

¡Matarte!... He venido con la resolución de matarte si no me devolvías á mis hijos.

DOÑA JUANA

Casandra... mujer...

CASANDRA, frente á ella, en actitud arrogante y trágica.

Y pues tienes franqueadas, según tu entender idiota, las puertas del Cielo, y allí están los ángeles formados en fila para recibirte, alégrate, pobre ilusa, de que yo te arroje de este mundo que llamas miserable. Alégrate; y si no estás preparada, prepárate pronto, arregla brevemente tus cuentas con Dios.

DOÑA JUANA, en el colmo del terror.

No estoy preparada, no... no. Tu presencia ha despertado en mí el pecado de la ira.

CASANDRA

Pues deséchalo pronto. A los condenados á muerte se les concede espacio para el arrepentimiento. Yo te lo concedo, condenada. Soy menos dura que tú.

DOÑA JUANA, preparando un quiebro para esquivar el golpe.

¡Morir! No podrás matarme... Dios no lo consentirá.

CASANDRA

Si ha consentido tus crímenes, ¿cómo no consentir éste? Pronto... mis hijos ó la muerte.

DOÑA JUANA

Muerte, no... Tus hijos, tampoco. (Huye.)

CASANDRA, corre tras ella; alcánzala detrás del sillón.

Muere, santa de caña y de hielo. Dios te dará lo que mereces. (La hiere.)

DOÑA JUANA

¡Ay! ¡Misericordia!... (Cae detrás del sillón; expira.)

CASANDRA, arroja el cuchillo.

¡Monstruo, ya no harás más daño en el mundo que te crió! (Examina el cadáver.) No respira, no tiene sangre. Su veneno no es rojo. (Se mira las manos y la ropa.) Nada... su veneno no me ha manchado. (Entran precipitadamente por la derecha Martina y Cebrián.)

ESCENA XIII

CASANDRA, MARTINA, CEBRIAN

CEBRIAN, presagiando el atentado.

¿Qué hace usted aquí?

MARTINA, ve el cuerpo de doña Juana; corre hacia ella.

¡La señora... la señora...!

CEBRIAN, acudiendo rápidamente.

¡Desmayada!

CASANDRA

Desmayada, no: muerta... (Con bárbara entereza.) ¡He matado á la hidra que asolaba la tierra!... ¡Respira, Humanidad!

FIN DE LA JORNADA TERCERA

JORNADA CUARTA

(Junio)

ESCENA PRIMERA

Sala baja en el palacio de Tobalina.

SATURNO, criado viejo, limpiando los muebles;
INSÚA, que entra por el foro.

INSÚA

Buenos días, Saturno.

SATURNO

Señor de Insúa, Dios le guarde.

INSÚA

Creí encontrar aquí á los señores Marqueses del Castañar.

SATURNO

No tardarán. Ayer estuvieron... Examinaron la casa... quedaron en volver hoy á la misma hora con un señor Arquitecto... Entendí que harán grandes reformas en el edificio.

INSÚA

Naturalmente. ¿Qué han de hacer más que reformar, embellecer, convertir la tristeza en alegría, la obscuridad en luz, y estos ámbitos